

(Pausa. Enrique retrocede).

En tu cuarto hace un sofoco
que asfixia.

ENRIQUE.—Aprieta, el calor.

Aquí, se respira un poco.

Huele bien.

ASUNCION.—Que dan olor
los tientos de mis balcones.

(Llevándole al balcón y mostrándole
las macetas).

Mira qué jardín: mimosas,

geráneos; espuelas, rosas

y claveles reventones.

El calendario de flores

lo llama la vecindad,

porque hay en él las mejores
de cada oportunidad.

Por San Antonio, azucenas;

por el Carmen, capuchinas;

y por la Virgen, verbenas

hortensias y clavellinas.

Y en todo tiempo jazmines

y enredaderas de olor.

¡No cambian muchos jardines
tan a menudo de flor!

(Cortando un clavel y poniéndoselo
en le ojal):

Esta, para tu solapa.

ENRIQUE.—Gracias, prima.

ASUNCION.—No hay de qué.

(Mientras ella le pone la flor. Enri-
que, un poco turbado por su proxi-
midad, la mira con fijeza).

¿Qué miras?

ENRIQUE.—Que estás más guapa
cada día.

ASUNCION.—Ya lo sé.

¡Tarde te enteras, Enrique!

ENRIQUE.—¡Cuando me fijo, Asun-
(ción!

ASUNCION.—Si hasta hoy no hallas
(te ocasión,

avisaré que repique

la parroquia.

ENRIQUE.—(Excusándose): Es que
(hasta hoy...

ASUNCION. — (Atajándole): En el
(mundo no estuviste.

Lo sé. Pero yo sí estoy.

Hace tiempo vives triste,
silencioso y afligido

por causa de una mujer.

Te quisó; te dió al olvido,

traicionó tu querer,

y llevas cerca de un año

arrancándote una espina

que para hacer tanto daño

debió ser aguda y fina.

ENRIQUE.—¿Cómo sabes...?

ASUNCION.—¿Qué hay de extraño?

¿Qué mujer de corazón

no adivina

dónde acaba una ilusión

y comienza un desengaño?

ENRIQUE.—Pues es cierto. La he
(querido

como el que más. Me ha olvidado,

y ya no sé si he sufrido

o he gozado.

¡Sólo sé que he envejecido

y he llorado!

Era, Rosa, una modista.

De lo fino, lo mejor.

La Peria del Obrador

la llamaban, por lo lista,

por lo bonita y lo buena.

Risueña, trabajadora,

menuda, fina y morena.

El pelo, como la mora;

la piel, como la azucena;

los ojos, como la luz,

que es de un color cada día,

hoy eran noche sombría,

mañana, cielo andaluz.

Y en fin, la carne trigueña

y la línea soberana

de una Venus madrileña,

mitad duquesa y gitana.

En el vestir iba igual,

breve el pié, menudo el paso,

con su falda de percal

que con su traje de raso.

Y era tal su distinción,

tan natural su elegancia,

que desafiaba con

su pañuelo de crepón

a los maniqués de Francia.

Fué un domingo. Paseando,

me aproximé a un carrusel.